

Rafael Tur Costa | Joaquim Seguí

Entre cal y sal

27.12.16 / 15.03.17

“Y puesto que la inspiración desciende del elevado cielo, y de allí llega a la tierra el inmutable orden del destino, he de cantar primero la forma misma de la naturaleza y exponer la totalidad del universo por debajo de su apariencia”.

Marco Manilio. *Astronómica*
Libro I, verso 120

Nunca creí que pensaría en la sal al ver los blancos pictóricos de Tur Costa, sí desde luego en la cal de las paredes de las casas payesas de la isla de Ibiza. El color blanco puede remitir a muchas otras sustancias afines pero no siempre somos capaces de verlo. Más que nada porque las vinculaciones tienen más que ver con nuestra mirada y memoria de espectadores que con la intención del creador.

Pero al mirar las fotografías del salobral de Makgadikgadi Pans y de la isla Kubu, hechas por Joaquim Seguí en uno de sus múltiples viajes a Africa, esta vez al noroeste del desierto del Kalahari, en Botswana, he sentido como cabía esa mirada sobre los blancos espléndidos y refulgentes de Tur Costa. ¿Por qué no, si también hay salinas en Ibiza, próximas y seguramente cercanas a su potencial imaginario instintivo?

Si la idea de exponer juntos partió de uno de ellos o de ambos, poco importa ya, una vez que esta hecha y planteada la conjunción de pinturas de uno y fotografías de otro, sin que la procedencia de ambas hayan tenido ningún punto de intersección previo en su estado germinal o en sus planteamientos y actitudes.

Tur Costa muestra en esta ocasión obras de varias épocas, formatos y técnicas, desde una pintura característica de los setenta, con sus abultamientos y pulsiones plata de vibrante brillo, hasta los collages de papel intimistas y de matizado cromatismo, más recientes, o las incursiones en los relieves escultóricos siempre contruidos con rigor geométrico.

Su madurez creadora, posibilita enfoques expositivos muy libres que ya no tienen porque sujetarse a guiones o pretextos. Y tal vez por eso puede prestarse a diálogos con otras disciplinas o con otros creadores, como es el caso.

Tur Costa admira profundamente la belleza de estos paisajes desérticos y austeros de la isla de Kubu. Belleza por cierto, rescatada con maestría por la pericia de Joaquim Seguí, que tirando de los recursos expresivos de un muy sensible blanco y negro, capta poéticamente ese paisaje hasta penetrar en él y en su pasado. Le da sentido.

Porque Kubu ya no es una isla ni en sus orillas pacen y se bañan los hipopótamos (Kubu quiere decir hipopótamo en lengua tswana). Dejó de serlo hace miles de años, dicen las crónicas, y tan solo los antiguos y ya minerales baobabs recuerdan como testigos vivos y mudos aquel pasado de lujo verde y acuático.

Las formas de expresión artística encierran contenidos que hay que descubrir. Bajo las capas de color de un cuadro de Tur Costa, bajo sus pigmentos o gestos, hay una elección no del todo consciente. Por eso su belleza reposa sobre las raíces de su espontánea pulsión, confiando en que aquello que emana de sus zonas profundas e incógnitas es la impronta de su genuina y propia poética expresiva.

No es extraño que a Tur Costa estas rocas secas y erosionadas de Kubu, de perfiles pulidos que apetecería acariciar, le fascinen; tienen mucho que ver con esos resaltes que usó con frecuencia y que modulaban la superficie pictórica de sus cuadros, de suerte que imprimían a esta un ritmo conquistado al espacio.

Pero ya no es solo por las posibles analogías formales de uno y otro paisaje; si entendemos por paisaje no solo el que nos ofrece la naturaleza sino el que es producto de la invención y de la creación humanas, es que hay en obras tan distintas un deseo de descubrimiento y exploración coincidentes. Un deseo que se sustenta sobre la creencia de valores trascendentes que tiene que ver con la penetración de la realidad y el consecuente reconocimiento de su esencia, pese a todo lo que es cambiante; lo inmanente frente a lo mudable. La fugacidad de la luz, el agua que una vez fue y que ahora es sal, o el reflejo opaco de la materia, una vez que esta se ha concretado y discurre misteriosamente por el territorio visual hacia los conceptos, deja un poso fundamental.

Los paisajes naturales hay que saber interpretarlos, sin una meditación sobre el porqué de esos baobabs en la sabana seca, por ejemplo, quedaríamos estancados en la ignorancia, impidiendo el desarrollo de mayores cuotas de conocimiento que nos harían entender y en consecuencia amar más verdaderamente, sin caer en los encantamientos de un superficial ejercicio esteticista. Por lo mismo, los paisajes creados por el pintor, han de ser meditados y contemplados a la espera de encontrar sus significados y sentidos.

Uno y otro, poseen los suficientes elementos como para ir recorriéndolos aún a riesgo de perderse en ellos. Vale la pena la aventura de trascender lo epidérmico, sin perder, claro, las posibilidades de gozo visual y sensorial que las herramientas del arte despliegan ante nosotros. Pues no puede haber fondo sin forma. Y si hay una constante en la pintura de Tur Costa es precisamente ese regusto por usar ambos. Se diría que en sus obras con frecuencia hay una invitación a imaginar lo subyacente a esas innumerables solapas de cartón blanco que como capas, se superponen ocultando e invitando a descubrir lo misterioso del color que aflora por los bordes.

Así como hubo una vez un inmenso lago lleno de vida y hoy es un salar en donde una isla rocosa y sus baobabs campan sin aparente sentido frente a una línea de tenaz e implacable horizonte, unas obras aparentemente blancas pintadas por el artista Tur Costa albergan los suficientes signos y contenidos como para permitirnos la aventura de su desvelamiento.

Elena Ruiz (directora del MACE)

El lenguaje de los baobabs o la memoria de África

Kubu Island - Botswana 2016

Kubu Island se halla en el Makgadikgadi Pans, una enorme extensión de arena y sal situada en el extremo norte del desierto de Kalahari. Hace más de mil años, esta asombrosa zona desértica fue un gran lago rodeado de una vegetación exuberante y una fauna similar a la del cercano delta del Okavango. Como abundaban en la isla los hipopótamos, recibió el nombre de Kubu, que significa “hipopótamo” en lengua tswana, ahora nos quedan los baobabs, arboles milenarios, como testigos de aquel pasado.

Rafael Tur Costa | Joaquim Seguí

Entre cal i sal

27.12.16 / 15.03.17

“Y puesto que la inspiración descende del elevado cielo, y de allí llega a la tierra el inmutable orden del destino, he de cantar primero la forma misma de la naturaleza y exponer la totalidad del universo por debajo de su apariencia”.

Marco Manilio. *Astronómica*
Llibre I, vers 120

Mai vaig creure que pensaria en la sal en veure els blancs pictòrics de Tur Costa, sí per descomptat en la calç de les parets de les cases pageses de l'illa d'Eivissa. El color blanc pot remetre a altres substàncies afins, però no sempre som capaços de veure-ho. Més que res perquè les vinculacions tenen més a veure amb la nostra mirada i la memòria d'espectadors que amb la intenció del creador.

Però en mirar les fotografies del salobrar de Makgadikgadi Pans i de l'illa Kubu, fetes per Joaquim Seguí en un dels seus múltiples viatges a Àfrica, aquesta vegada al nord-oest del desert del Kalahari, a Botswana, he sentit com cabia aqueixa mirada sobre els blancs esplèndids i refulgents de Tur Costa. ¿Per què no, si també hi ha salines a Eivissa, pròximes i segurament properes en el seu potencial imaginarari instintiu?

Si la idea d'exposar junts va partir d'un d'ells o de ambdós, poc importa ja, una vegada feta i plantejada la conjunció de pintures d'un i fotografies de l'altre, sense que la procedència d'ambdues hagin tingut cap punt d'inserció previ en el seu estat germinal o en els seus plantejaments i actituds.

Tur Costa mostra en aquesta ocasió obres de varies èpoques, formats i tècniques, des d'una pintura característica dels setanta, amb els seus bonys i pulsions de plata de vibrant brillantor, fins als collages de paper intimistes i de matisat cromatisme, més recent, o les incursions en els relleus escultòrics sempre construïts amb rigor geomètric.

La seva maduresa creadora, possibilita enfocaments expositius molt lliures que ja no tenen perquè subjectar-se a guions o pre-textos. I tal vegada per això pot oferir-se a diàlegs amb altres disciplines o amb altres creadors, com és el cas.

Tur Costa admira profundament la bellesa d'aquests paisatges desèrtics i austers de l'illa de Kubu. Bellesa per cert, rescatada amb mestria per la destresa de Joaquim Seguí, qui aprofitant els recursos expressius d'un molt sensible blanc i negre, capta poèticament aqueix paisatge fins a penetrar en ell i en el seu passat. Li dona sentit.

Perquè Kubu ja no és una illa ni a les seves ribes pasturen i es banyen els hipopòtams (Kubu vol dir hipopòtam en la llengua tswana). Va deixar de ser-ho fa milers d'anys, diuen les cròniques, i tant sols els antics i ja minerals baobabs recorden com testimonis vius i muts aquell passat de luxe verd i aquàtic.

Les formes d'expressió artística enclouen continguts que cal descobrir. Sota les capes de color d'un quadre de Tur Costa, sota els seus pigments o gestos, hi ha una elecció no del tot conscient. Per això la seva bellesa reposa sobre les arrels de la seva espontània pulsio, confiant que allò que emana de les seves zones profundes i incògnites és l'empremta de la seva genuïna i pròpia poètica expressiva.

No és estrany que a Tur Costa aquestes roques seques i erosiona-

des de Kubu, de perfils polits que li abelliria acaronar, li fascinin; tenen molt a veure amb aquells ressats que va usar amb freqüència i que modulaven la superfície pictòrica dels seus quadres, de manera que imprimien en aquesta un ritme conquerit a l'espai.

Però ja no és sols per les possibles analogies formals d'un i altre paisatge; si entenem per paisatge no només el que ens ofereix la naturalesa sinó el que és producte de la invenció i creació humanes, és que hi ha en obres tan diferents un desig de descobriment i exploració coincidents. Un desig que se sustenta sobre la creença de valors transcendents que han de veure amb la penetració de la realitat i el conseqüent reconeixement de la seva essència, malgrat a tot el que és canviant; el que és immanent enfront al mutable.

La fugacitat de la llum, l'aigua que una vegada fou i que ara és sal, o el reflex opac de la matèria, una vegada que aquesta s'ha concentrat i discorre misteriosament pel territori visual cap als conceptes, deixa un pòsit fonamental.

Cal saber interpretar els paisatges naturals, sense una meditació sobre el perquè dels baobabs a la sabana seca, per exemple, quedaríem estancats en la ignorància, privant el desenvolupament de majors quotes de coneixement que ens farien entendre i en conseqüència estimar més verdaderament, sense caure en els encantaments d'un superficial exercici esteticista. Per això, els paisatges creats pel pintor, han de ser meditats i completats a l'espera de trobar els seus significats i sentits.

Un i altre, posseeixen els suficients elements com per recorre'ls fins i tot a risc de perdre's entre ells. Val la pena l'aventura de transcendir l'epidèmic, sense perdre, clar, les possibilitats de goig visual i sensorial que les ferramentes de l'art despleguen davant nosaltres. Doncs no pot haver fons sense forma. I si hi ha una constant en la pintura de Tur Costa és precisament aqueix regust per utilitzar ambdós. Es diria que en les seves obres hi ha amb freqüència una invitació a imaginar el subjacent en les innumerables solapes de cartró blanc, que com capes, se superposen amagant i convidant a descobrir el misteri del color que sorgeix pels marges.

Així com va haver una vegada un immens llac ple de vida i avui és un salinar on una illa rocosa i els seus baobabs campen sense aparent sentit davant un línia de tenaç i impecable horitzó, unes obres aparentment blanques pintades per l'artista Tur Costa acullen els suficients signes i continguts com per permetre-nos l'aventura del seu desvelament.

Texte: **Elena Ruiz** (directora del MACE)
Traducció de **Neus Riera**

El llenguatge dels baobabs o la memòria d'Àfrica

Kubu Island - Bostwana 2016

Kubu Island es troba en el Makgadikgadi Pans, una enorme extensió de sorra i sal situada en l'extrem nord del desert de Kalahari. Fa més de mil anys, aquesta sorprenent zona desèrtica va ser un gran llac envoltat d'una vegetació exuberant i una fauna similar a la del proper delta del Okavango. Com abundaven a la illa els hipopòtams, va rebre el nom de Kubu, que significa "hipopòtam" en llengua tswana, ara ens queden els baobabs, arbres mil·lenaris, com a testimonis d'aquell passat